

De ayuda a trabajo: mujeres purépechas en las maquiladoras de Tijuana

Areli Veloz Contreras*

En el siguiente texto se hará mención de los saberes que las mujeres purépechas incorporan en el trabajo que realizan en las industrias maquiladoras en Tijuana. Estos saberes se dan en un contexto que muestra una lógica del capital que opera extraterritorialmente, con gobiernos nacionales que suspenden leyes laborales y programas de corte social, así como migraciones internacionales y nacionales, todos ellos aspectos que reflejan cambios en las formas de trabajo y las subjetivación hacia éste.

Las experiencias de trabajo y de migración se explicarán a partir de los relatos de un grupo de mujeres del poblado de Arantepacua (pertenecientes al municipio de Nahuatzen, Michoacán) que viven en Tijuana, Baja California, aproximadamente desde la década de los ochenta. Son parte de una organización llamada Corazón Purépecha, que está conformada por 130 familias de dicha localidad y que radican en distintas colonias de la ciudad.

En Tijuana, los y las purépechas de esta localidad trabajan principalmente en la industria maquiladora, aunque también hay hombres que laboran como taxistas y ayudantes de construcción. Sin embargo, es distintivo el trabajo de las mujeres, ya que ellas se han incorporado a maquiladoras de costura y ensamble, caracterizadas por su poca tecnificación y alta flexibilización laboral. Esto último se refleja en los bajos salarios que reciben, los prolongados horarios de trabajo y la oscilación entre empleo y desempleo, por mencionar algunos aspectos.

A continuación se explicará brevemente la migración de los purépechas a Tijuana, centrándome en el caso de las mujeres; posteriormente, se hará referencia a su entrada a la industria maquiladora y a sus saberes, que conforman los actuales procesos de producción industrial. El objetivo principal es dar a conocer la presencia de las purépechas en este mercado laboral y visibilizar dichos saberes en torno al trabajo en la ciudad.

*Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.



Migración de las purépechas a Tijuana

Arantepacua, Michoacán, está localizada en el municipio de Nahuatzen en la meseta purépecha, su población en 2010 era de 2,707 habitantes, y las lenguas habladas son el español y el purépecha; de éste último se registraron en el municipio 8,585 hablantes (INEGI, 2010). Las actividades y los saberes empleados en la producción local giran en torno a la agricultura, la tala de árboles, la elaboración de muebles y accesorios de madera, además de que existen algunos talleres de costura. Los hombres se dedican a la tala de árboles y al trabajo en el campo, mientras que las mujeres nombran a sus actividades “ayuda” y consisten en coser, bordar e hilar a mano la vestimenta que las caracteriza —que no sólo es para consumo personal sino también para su venta en las principales ciudades del estado—, además de cuidar animales de granja y ayudar en los talleres de carpintería de algún familiar o paisano.

Sin embargo, en los últimos años se ha intensificado la crisis económica a causa de los reajustes financieros a nivel nacional e internacional, así como la violencia desatada a partir de los conflictos con el crimen organizado y la deforestación de la sierra, lo cual ha impactado la economía de las familias de la región. Tales aspectos han conllevado a que los habitantes busquen otras alternativas de subsistencia fuera de Arantepacua. Su migración se da tanto dentro del país como a Estados Unidos; en esta última, los purépechas de Arantepacua se encuentran principalmente en Carolina del Norte, Los Ángeles, Atlanta, Alabama, Mississippi, Indiana y Chicago. En México se dirigen hacia las ciudades de Uruapan, Morelia, Guadalajara, la Ciudad de México y Tijuana (Veloz, 2011).

El antecedente de la migración de los y las purépechas a Tijuana se registra desde la década del setenta, cuando al concluir el programa Bracero algunos hombres se quedaron en la ciudad fronteriza a probar suerte, otros llegaron con el objetivo de cruzar a Estados Unidos y, entre ellos, algunos decidieron llevar a sus familias a la ciudad. No obstante, fue hasta los ochenta cuando las familias de Arantepacua, destacando las mujeres y los hijos, empezaron a migrar en mayor proporción a la ciudad.

La migración de las mujeres se originó —además de la falta de actividades generadoras de ingresos que solventaran la economía del hogar— porque: a) acompañaron a sus padres o algún familiar; b) migraron junto con el esposo y los hijos; c) los parientes y paisanos las animaron y apoyaron para sus desplazamientos y asentamientos en la ciudad; d) migraron porque quedaron



viudas, el marido las abandonó o tenían problemas con sus parejas, y e) decidieron probar suerte en Tijuana (Veloz, 2011).

En cuanto a la red de paisanos y familiares, es de gran relevancia para las mujeres, ya que las apoyan para el desplazamiento y la llegada a la ciudad, como también a incorporarse a las maquiladoras. Dicho sector ha caracterizado a la economía de la frontera norte del país causando, entre otros factores, la migración de personas procedentes de otras partes de México que se dirigen a la ciudad para radicar en ella, para probar suerte o con el objetivo de cruzar a Estados Unidos, lo que propicia cambios en las experiencias de vida y, por ende, en las significaciones del trabajo.

Mujeres purépechas trabajando en las maquiladoras de Tijuana

Las mujeres purépechas entran a la industria maquiladora de Tijuana aproximadamente a finales de los ochenta y principios de los noventa, en un contexto en el que, paradójicamente, se decía que el ingreso de las mujeres al trabajo asalariado (al igual que la migración) representaba su empoderamiento y, por otro lado, se interpretaba el trabajo en las maquiladoras como enajenante, rutinario, precario y se caracterizaba por la incorporación de mano de obra mayoritariamente femenina, poco calificada y proveniente de sectores populares y/o rurales (Hirata, 1998: 8; Zúñiga, 1990 99: 13; Kopinak, 2003: 32).

Lo anterior se relacionó con la migración de las mujeres, que implicó la circulación de saberes que, en el caso de las purépechas, fue explícito en la información que circulaba —tanto en Arantepacua como en Tijuana— en relación a que en Tijuana había trabajo para mujeres en las maquiladoras. Esto generó que su llegada a la ciudad y la entrada a este sector industrial fuera, a primera vista, interpretado como una mejora en sus formas de vida en comparación con lo vivido en su pueblo. Como mencionó Rosa: “[...] me vine porque mi esposo se había venido para acá (Tijuana) y yo ya no tenía trabajo, porque allá no hay trabajo para mujeres, sólo hacía de comer y vendía eso mientras él estaba aquí, y como mi prima ya me había dicho que aquí había trabajo en las maquiladoras pues me animé a venirme...” (Entrevista con Rosa, Tijuana, 2007).

La experiencia de Rosa muestra que la migración no fue un simple desplazamiento a otro lugar, sino que lo que escucharon de sus paisanos y la proyección que muestran cuando regresan al pueblo, influye notablemente en la decisión que toman estas mujeres para trasladarse a la ciudad. Es ahí donde el trabajo ha configurado la imagen que las mujeres se construyen tanto de ellas mismas como de la ciudad y, por ende, del trabajo que realizan en las maquiladoras.



La relación entre migración, trabajo, género y etnia corresponde a una creciente movilización de mujeres, con saberes concretos y con experiencias vividas particulares, que conforman y consolidan una división internacional del trabajo que se sustenta bajo dichas variables. Tal división se distingue por cambios en los procesos productivos, entendidos desde una lógica de la flexibilidad laboral y la contratación de mujeres, vista como parte de sus derechos en paradoja con la precarización del trabajo que es análoga a la feminización.

La conformación actual de los procesos de producción global ha sido posible por la absorción de saberes que tienen su propia lógica situacional. En este sentido, la contratación de las purépechas conforma y hace posible el funcionamiento de las cadenas globales de producción que se sustentan en saberes y cuerpos que históricamente se han construido y significado como desiguales. Lo anterior conlleva a tener presente que las purépechas no sólo pueden definirse con base en su condición étnica o genérica, sino a la posición que ocupan en una red de relaciones de poder en la que intervienen las situaciones externas —como las condiciones económicas y políticas— y cómo han asumido y significado una posición como migrantes y trabajadoras de maquila en Tijuana. Esto las sitúa como parte intrínseca de la construcción histórica de dichas clasificaciones y no sólo cómo cuerpos que pareciera que fungen como sus contenedores.

Por lo tanto, las maquiladoras han sido parte estructural en cuanto a la contratación de personas que, por sus características socioculturales —como el género, la etnia y el lugar de nacimiento—, aceptan trabajos con salarios y contratos irregulares, disponibilidad de tiempo para trabajar horas extras, entre otros aspectos, y que en un principio aparecen como mejoras en sus formas de vida en la ciudad. Como mencionó Alicia, trabajadora en maquila: “cuando llegamos a Tijuana no sabía nada, ni qué, ni cómo pedir trabajo o dónde trabajar y yo con mis hijos que traje de allá, pero gracias a Dios aquí sí estamos sacando dinero porque ganamos muy bien entre todos (ella y a sus dos hijas)” (entrevista con Alicia, Tijuana, 2007).

Cabe señalar que el género y la etnia no operan de manera autónoma, ni son inamovibles, sino que conforman estructuras sociales que valorizan y significan a las personas a partir de clasificaciones y su relación con prácticas y saberes, construidos históricamente de manera desigual y contendiente. En el caso de algunas de las purépechas, cuando llegaron a Tijuana, no sabían leer ni escribir, tampoco poseían actas de nacimiento o credenciales de elector, algunas hablaban muy poco español, pero sabían utilizar la máquina de coser y habían “ayudado” a algún familiar o paisano en los talleres de madera y costura.



Al llegar a Tijuana dichos saberes de las purépechas se convirtieron, simultánea y paradójicamente, en un obstáculo y una ventaja para ingresar a ciertas maquiladoras. En el caso de empresas más tecnificadas y con una mayor presencia en la economía local, la segmentación se volvía más explícita cuando no se hablaba español; su poca o nula escolaridad y la falta de documentación oficial, no las hacían elegibles para formar parte del personal de estas empresas. Mientras que en las pequeñas maquiladoras, que se caracterizan por su alta rotación de empleados y por condiciones de trabajo precario, las purépechas aparecían como las candidatas idóneas para los puestos de trabajo más bajos en las líneas de producción.

Ahora bien, el trabajo de las purépechas en las industrias maquiladoras no sólo puede interpretarse a partir de la valorización del uso de su fuerza de trabajo en el proceso productivo en relación con el reajuste de sus salarios en torno a las condiciones cambiantes de la producción, ya que fácilmente las posicionaría en el polo de la subordinación o marginación, entendida desde la lógica del capital en un sentido “universal”. Por el contrario, al referirse al trabajo debe darse cuenta de la multiplicidad de sus traducciones, las cuales constantemente deshacen las pretensiones de unidad y universalidad (Chakrabarty, 2008: 141), lo que da cabida a hacer visibles otras significaciones del trabajo que conforman, y no sólo se adhieren, al capital.

En este sentido, el “saber” de las purépechas, que fue aprendido en Arantepacua y traducido como “ayuda” a la familia, en Tijuana fue incorporado en los procesos de producción industrial, pasando de ser actividades que las mujeres llamaban “ayuda” —en un contexto rural, en crisis y violento— a ser significado como trabajo. Lo anterior, en un contexto de flexibilidad del trabajo industrial que integró las relaciones de género y étnicas de maneras segmentadas y que, años después, las purépechas empezaron a cuestionar, mostrando la inconformidad sobre sus condiciones laborales. Por ejemplo, la señora Marta (con tres hijos, uno en la primaria y dos jóvenes) comentaba que las maquiladoras ya no les pagaban bien, que tenían que trabajar horas extras para poder sacar “lo de la semana”, que no alcanzaba el dinero y, en su caso, habían tenido que entrar a trabajar dos de sus hijos para aportar a la casa porque ella y su esposo, quien también trabaja en la maquila, ya no podían mantener a la familia con lo que ganaban.

La situación de las purépechas en las maquiladoras varía en relación con el tiempo y sus experiencias individuales. Sin embargo, algunas apreciaciones presentes en sus experiencias de trabajo son: 1) la trayectoria migratoria, porque existe una comparación entre “el aquí” y “el allá”; 2) ser madres, que marca profundamente el compromiso hacia los hijos para que tengan mejores



condiciones de vida, y 3) la red de paisanos y familiares, que influye notablemente para visibilizar, o no, ciertas prácticas genéricas, dentro o fuera de ella.

En síntesis, puede decirse que existe una transformación de las experiencias de trabajo, las cuales reflejan el impacto de la globalización en las formas de vida de las purépechas en Tijuana. Además, dan cuenta de los cambios en las relaciones de género y étnicas, las cuales no son inamovibles y autónomas, sino que tienen coherencia en la medida en que se ocupa una posición dentro de una red de relaciones de poder identificables en un determinado contexto dinámico, y en la que las mujeres participan activamente para construir otros significados, en este caso, del trabajo. En este sentido, al emplear sus saberes y sus aprendizajes crean y resignifican su situación como purépechas en Tijuana, reflexionando su posición en una red social desigual dentro de una lógica de capital industrial.

Conclusión

En estas páginas quise mostrar que las experiencias de trabajo de las mujeres se fueron dando a partir de procesos como: a) el empobrecimiento y la violencia en Arantepacua; b) la migración y los cambios en las actividades consideradas como femeninas en el pueblo; c) la migración y el asentamiento de las mujeres en las ciudades manufactureras, como Tijuana; d) su incorporación al mercado de trabajo industrial a partir de saberes que en Arantepacua eran llamados “ayuda” y en Tijuana se nombraron trabajo, y f) convertirse en parte de una nueva clase trabajadora de maquila en la frontera norte del país. Estos procesos dieron paso a nuevas facetas de la desigualdad, en un contexto de precariedad de las formas de vida urbana, marcadas por la conformación de una clase trabajadora heterogénea y jerárquica, ya que su construcción está mediada por aspectos genéricos, étnicos, generacionales, regionales y/o nacionales que se explicitan en las contiendas por las significaciones del trabajo. Se trata de un terreno fértil para la reflexión y, por ende, para la acción política ante las formas de vida que las mujeres empiezan a significar como desiguales en la ciudad.

